

TERESA VALLÈS, decana de la Facultad de Humanidades de la UIC

Teresa PEREDA

Se dice que la carrera de Humanidades vive su particular crisis pero, sin embargo, hay centros como la Universitat Internacional de Catalunya que han decidido apostar fuerte por ella como remedio a la actual falta de valores. Y para ello, han decidido llevar a cabo una labor de mecenazgo que permitirá a más alumnos acceder a los estudios de Humanidades.

¿Qué motivos han llevado a que la cultura haya degenerado tanto y, en consecuencia, tengamos esta crisis de valores?

A mi modo de ver, no se trata de una degeneración de la cultura: lo que vivimos es una crisis de su transmisión intelectual y vital. La cultura vehicula un conjunto de experiencias humanas sobre el amor, el dolor, el miedo, la libertad, etc.; encarna modos de vida, de búsqueda de la felicidad, del sentido, de la verdad, de la trascendencia. Este conjunto de experiencias es una herencia muy valiosa, porque muestra atajos que se nos ofrecen para acertar en nuestra propia trayectoria.

El relativismo imperante pone en peligro la transmisión de este gran patrimonio. La cadena que lo transfiere a lo largo del tiempo es hoy más frágil porque, por un lado, el relativismo hace parecer intransigente a aquel que afirme como una verdad objetiva que hay experiencias destructivas (egoísmo, odio, envidia, etc.), frente a otras experiencias constructivas (generosidad, sacrificio, sinceridad, etc.). Por otro lado, el relativismo hace más difícil vivir de acuerdo con unos principios inmutables, en la medida que permite justificar cualquier conducta con un simple "yo lo siento así" o incluso con una excusa comodín del tipo "todo el mundo lo hace".

Llevamos mucho tiempo sumergidos en esta crisis de valores y haciendo las cosas mal, ¿no será difícil "cambiar el chip" para salir de ella y asentar esos valores perdidos?

Tenemos puntos de referencia suficientes para distinguir entre una vida humana llena y una vida vacía,

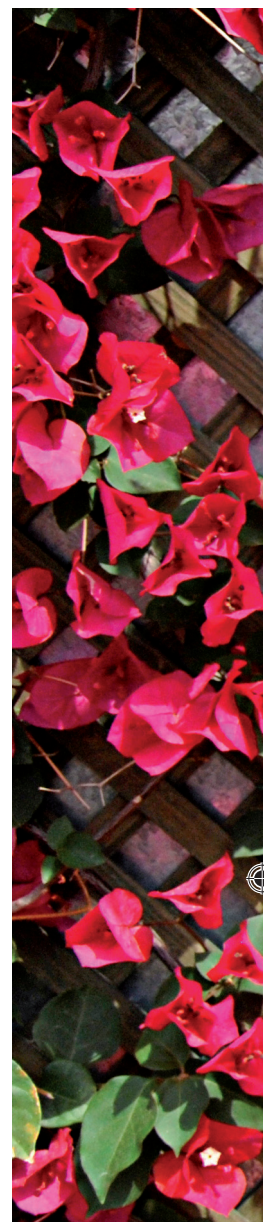


***El relativismo
hace más
difícil vivir
de acuerdo
con unos
principios
inmutables***



sin sentido. La dificultad está en ir contracorriente del permisivismo general y plantar cara en cada batalla interior, entre lo que destruye (por ejemplo, insultar) y lo que construye (por ejemplo, pedir perdón), entre el afán de posesión y el deseo de donación; en definitiva, entre el bien y el mal. No creo que los valores de nuestra cultura estén definitivamente "perdidos": tenemos que ser más conscientes de su valor y vivirlos con coherencia, convencimiento y ejemplaridad.

Todos necesitamos maestros para aprender a entendernos y construir nuestra vida. Ojalá los abuelos y las abuelas -y no sólo los padres- sean conscientes de que son un referente importante, a veces no admitido o admirado, pero siempre presente. Con su vida tienen que transmitir como herencia lo esencial para la felici-





dad, la raíz, lo que siempre será así porque las personas siempre serán personas. La formación humanística es otra gran maestra de vida: ayuda a comprendernos porque nos reconocemos en otras vidas y en otros modos de pensar que, a pesar de la distancia, tienen lo esencial en común.

¿Cómo se puede formar a los universitarios en valores?

Hay que darles herramientas para que piensen con profundidad cuál es su respuesta a los retos de la vida y del momento actual. La inercia o el activismo pueden llevar a una vida superficial, a no escribir la propia historia, a no descubrir lo que uno lleva dentro. El diálogo y la lectura son fundamentales para construir una vida con

sentido. El reto, con palabras del filósofo Jaime Nubiola, es decir lo que pensamos, pensar lo que vivimos y vivir lo que decimos.

¿Qué sacaremos en limpio de esta crisis económica? ¿Se están comenzando a ver frutos positivos?

Los momentos de dificultad son buenos para distinguir la paja del grano. Los casos de corrupción nos han hecho más conscientes de las consecuencias sociales de la falta de honradez y la avaricia. La denuncia de estos casos es saludable en el sentido de que pone de manifiesto que detectamos el mal como un virus perjudicial. Pero es importante no caer en un pesimismo antropológico que podría llevar a pensar que "todo el mundo es malo". La deducción debería ser que "todos



Los momentos de dificultad son buenos para distinguir la paja del grano



somos débiles y, por tanto, debemos ser prudentes". Otro efecto secundario positivo es que cuando hay problemas de verdad, se revalorizan las relaciones interpersonales y, con ellas, la familia y la amistad: se hace más patente la necesidad de hablar, de apoyarse. La solidaridad surge con más fuerza. Son oportunidades de crecer en humanidad, ocasiones que algunos sabrán aprovechar para dar lo mejor de ellos mismos. También puede ser que en los momentos de dificultad se ponga de manifiesto la fragilidad e incluso la miseria humana. Puede ser que descubramos que somos edificios con grietas, que no hemos priorizado lo importante o que hemos vivido superficialmente.

¿En qué va a consistir la formación de los alumnos de Humanidades de la UIC para luchar contra esta falta de valores?

Pienso que en la universidad los valores no se enseñan, se aprenden. Las Humanidades son una escuela de humanidad. En la UIC, la formación humanística básica llega a todas las facultades a través de asignaturas de antropología y ética que imparten profesores de la Facultad de Humanidades. En este sentido, todos los estudiantes de la UIC son alumnos de Humanidades y tenemos la ilusión de contribuir a formar médicos humanistas, empresarios humanistas, maestros humanistas, etc. Un gran profesional debe ser también una gran persona, pues los retos que debe afrontar muchas veces no son cuestiones meramente técnicas, sino que tienen un componente humano que a menudo es decisivo.

¿Viven las Humanidades un mal momento, teniendo en cuenta la situación económica?

La primera dificultad es sociocultural, no económica. Es lamentable que los alumnos de bachillerato que desean estudiar Humanidades tengan tanta veces que luchar contra el pragmatismo general o el proteccionismo mal entendido de su familia. Me sorprende que algunos padres pongan a sus hijos en peligro de acabar siendo abogados mediocres, sin vocación, cuando podrían ser profesionales del sector cultural y aportar a esta sociedad el tesoro que llevan dentro. Precisamente porque la situación económica es desfavorable, es necesario ser muy buenos profesionales y eso se consigue cuando la formación universitaria potencia los talentos naturales recibidos.

Además, también hay un problema de desinformación, que se ha fijado en forma de prejuicio. Los estudiantes de Humanidades han de responder una vez y otra a la misma pregunta: "¿para qué sirven las Humanidades?". Creo que desde la universidad hay que hacer un mayor esfuerzo de comunicar la necesidad social de las Humanidades y el amplio abanico de posibilidades que abren tanto en el sector cultural (turismo cultural, gestión del patrimonio, editoriales, centros cívicos, museos, galerías...), como en el ámbito de los proyectos de desarrollo o de mediación de conflictos en instituciones y ONGs, en la docencia, en las relaciones internacionales, así como en la creación de contenidos culturales para webs, prensa, etc. Las competencias que se adquieren en un Grado en Humanidades forjan profesionales creativos, versátiles y comprometidos.

Un gran número de jóvenes, con buena preparación y con iniciativa, ha abandonado el país, y otros tantos se plantean hacer lo mismo. ¿Supone esto una dificultad para recuperarnos de la crisis, tanto de la económica como de la de valores?

Pienso que la necesidad de trabajar en el extranjero puede forjar una generación de jóvenes luchadores, que aportarán la experiencia adquirida. Los que se queden también tendrán que hacer frente al peligro de desánimo, al derrotismo, a un victimismo que busca culpables pero no aporta soluciones. Tenemos que generar un clima favorable a los emprendedores para que se valore el esfuerzo que supone abrir camino.

¿Qué aspectos debe cambiar nuestra sociedad para que esta crisis pase a la historia y no se repita?

Me parece una pregunta difícil. Estamos descubriendo los errores y aprendiendo de ellos. Ahora se ha hecho más evidente, por ejemplo, que una sociedad sin ética se desmorona porque el mal es autodestructivo. La historia nos puede ayudar, precisamente, a comprender las causas de la actual crisis y, aunque nos cueste entenderlo, a relativizarla. Los humanos hemos superado situaciones aún mucho peores. Nos corresponde construir el futuro, con humildad y con confianza.

BIO Teresa Vallès (Barcelona, 1970) es decana de la Facultad de Humanidades de la Universitat Internacional de Catalunya (UIC). Es doctora por la UPF con mención de Doctor Europeo, máster en Ciencias Cognitivas y Lenguaje por la Universitat Autònoma de Barcelona y licenciada en Filología Catalana por la Universitat de Barcelona. Como investigadora, ha sido *visiting scholar* en la Universidad de Leuven (Bélgica) y en la Universidad de Leiden (Holanda). En el ámbito de la divulgación ha publicado artículos de opinión en La Vanguardia.